

AVENIDA DE NAVARRA, 21 - 6º IZQUIERDA

Gema Insausti Merino

Si el kilómetro emblemático por excelencia era el de “la esquina de Quiroga”, otro no menos emblemático para los vecinos de Gabierrota se encontraba frente a los troncos de La Papelera, a la altura del número 21 de la Avenida de Navarra (hoy número 11).

Allí vivía yo, en un portal pintoresco y con solera en el que moraba una parte de lo más granado, celebrado y conocido de la noche renteriana de los sesenta y setenta que, un día sí y otro también, llegaba al domicilio de madrugada a tocar la aldaba y levantar a algún vecino de la cama porque se había dejado las llaves del portal en casa. Como no había ascensor, los improperios de los habitantes de los pisos altos del inmueble se podían oír desde cualquier punto del barrio. Un barrio bueno, con buenas fiestas, casetas de feria y fuegos artificiales.

No está de más decir que las imágenes que divisaba yo desde las ventanas de mi buhardilla dan para escribir un libro y ante la insistencia de algunos amigos y familiares para que cuente la historia de mi vida, es lo que trataré de hacer por capítulos, a través de estas páginas. 40 años no es tiempo para quienes nunca tuvieron vivencias o no supieron reflejarlas; pero ya transcurridos en mi vida, soy incapaz de comprender a aquéllos que aseguran que jamás les ha pasado nada.

Nunca llegué a descubrir la identidad del motorista que, de cuando en cuando, se perdía por aquellas Agustinas a medio construir, camino del pinar, a toda mecha y al que denominé “el fabuloso hombre de la motocicleta”, en una narración que escribí por aquel entonces junto a otra historia que

titulé “El misterioso hombre del cubo”, que en realidad era Recalde, el de la huerta, del que me extrañó sobremanera que, a última hora de la tarde, pegara fuego a un cubo para después enterrarlo en algo que parecía cal viva.

Recuerdo que en las inmediaciones de aquellas huertas crecían rábanos de forma espontánea y que venían fenomenal a las niñas para jugar a tiendas. No era cualquiera quien poseía peso, de los que pesaban de verdad y tenían platillos. Así, con los rábanos, los dientes de león, la cola de caballo (que abundaba mucho en la orilla del río y que en el juego infantil hacía las veces de plátanos) y diversas hojas y flores silvestres, montábamos una gran tienda.

Al llegar a casa después de una tarde de verano, el sol dotaba de una extraña tonalidad rojiza las huertas de Fandería y las metas de hierba de los *casheros*. De vez en cuando, tormenta, como aquel tremendo pedrisco de los primeros 70 que me pilló en el pasillo de casa y que destruyó todas las claraboyas cercanas, reduciendo a jirones la ropa de los vecinos.

Cuando era noche cerrada, más de una vez, la tormenta obligaba a echar mano de una vela, cuando había plomos y los cables eran de trapo, y los interruptores se atasaban. Eran negros, como aquellas planchas sin vapor que obligaban a comer chuletas antes de planchar una camisa.

Era la radio fiel compañera, porque raro era el vecino que tenía televisor, en blanco y negro y con dos cadenas, por supuesto. Nos reuníamos en casa de ese vecino afortunado cuando había fútbol o el festival de Eurovisión.

Los filetes se guardaban en la fresquera, se compraban barras de hielo que luego se metían en un cubo para refrescar las cosas. ¿Nevera? En las carnicerías y punto. La sempiterna cocina de carbón preparaba en invierno sorpresas como meter a calentar las zapatillas en el horno, olvidarlas y al cabo de una semana, encontrar dos extraños trozos de caucho retorcido al sacar la ceniza. Echar mano del calderín con un cazo de metal amarillento para sacar agua caliente, o tener una gallina viva encima de la carbonera era algo tan común, como llevar hoy un móvil en el bolsillo. Era habitual que el agua del grifo fuese de cualquier color menos transparente (bicho incluido, a pesar del filtro) y que las camisetas tendidas en una cuerda sobre la cocina, amarilleasen del humo.

En aquellos tiempos, un juguete era un tesoro, y el trabajo de mi difunto padre en Cofruit-Vegé, de Molinao (donde la ría olía a sardina), cuando aún se hacían cartillas con puntos para regalos, me facilitaba mucho las cosas, aunque por la generosidad de mi progenitor tuviese los juguetes con la misma facilidad con la que éstos, por sorpresa, iban a parar a manos de otros niños.

Recuerdo especialmente unas pelotas de goma maciza, de colores ácidos, con las que mi padre se puso a jugar al brilé en el pasillo. La pelota llegó hasta el dormitorio y acabó en el canal tras hacer un hermoso agujero. “¡Bril...! ¡La madre que me parió!” Mi padre, estupefacto, sólo acertó a decirme: “*Anda, Gema Mari, dile a la amacho a ver si hay en casa cemento y yeso y un trozo de cartón*”. Nos costó un triunfo tapar aquello, porque la pared era hueca y el cartón se hundía, pero era enero, hacía un frío horroroso y no quedaba más remedio, máxime, cuando la noche anterior había traído de la oficina, para probar, un nuevo refresco concentrado en vaso de plástico y con pajita, llamado “Cintranea”, y al echar un trago se lo tiró por la camiseta. Como el detalle le hizo gracia, fue a repetírselo a mi madre y se le volvió a caer, y en aquellos tiempos la gente no teníamos tanta ropa como ahora.

La mañana de aquel 6 de enero de 1970 me levanté ilusionada. Tropecé en el pasillo con un burrito amarillo de peluche y un osito azul junto a un cartel que decía: “*Síguenos*”. Un reguero de bombones y caramelos me condujo a la cocina. Allí, me

aguardaban Nancy, vestida de época, con un traje lila; Eliane, rubia, con un tutú de bailarina; Maite, como las dos anteriores, de cincuenta centímetros y con pantalón y casaca; Belén, más pequeña, con el pelo largo; Elisita, un bebé, con canesú azul; y Nieves, morenita, con traje rojo y sombrero; varios cuentos troquelados y una cocina azul metálica con puertas y cajones, que estropeé haciendo experimentos con alubias agarbanzadas y productos de aseo y limpieza, que luego metía en tubos de Redoxon que inspeccionaba al cabo del tiempo. El brebaje resultante era imposible de definir... y de oler.

Al ser mi domicilio una buhardilla, tanto vecinos como foráneos tenían la curiosa costumbre de tomar el sol y tender la ropa (cuando no pasear) por la tejavana. Las tejas se movían y se rompían, y las humedades, transformadas con el tiempo en charcos, nos obligaron a dejar mi habitación vacía con los muebles rotos y la puerta cerrada. Los posters que empapelaban la pared se pudrieron y terminaron haciendo compañía a un armario con la luna reventada (¿siete años de mala suerte?), las puertas hundidas y las estanterías rotas, un comodín con las patas rotas y el espejo enmohecido, una cama con el larguero partido y una mesita de noche con los cajones desencajados, donde guardaba avellanas que comía por las noches cuando no podía dormir, temiendo que el agua de la lluvia me cayese encima. Acabé durmiendo con el jergón en la sala, donde guardé, tras el papel de la pared, las 500 pesetas que logré ahorrar y que escondí para preservarlas de las generosas manos de mi difunto padre.

Las condiciones de aquel habitáculo eran tan penosas que, no logrando un acuerdo con la dueña, tuvimos que marcharnos porque había un riesgo cierto para nuestra salud. Yo ya había estado enferma de una alergia al polen casi un año, al borde de la muerte gracias a la nefasta actuación de mi pediatra, que no supo lo que era y me dio una medicación equivocada. Empecé párvulos en febrero, tras un tratamiento durísimo para salvarme, lo que motiva que no vaya al médico, de no ser que me vea moribunda, y que además los centros hospitalarios me produzcan un profundo repe-lús. Por otra parte, no me enteré de la naturaleza de mi padecimiento hasta que sufrí un *shock* anafiláctico trabajando, gracias a

unas margaritas colocadas en el mueble del aire acondicionado.

Tras mi enfermedad, entonces de origen desconocido, no era cuestión de tentar la suerte. Mis padres buscaron otro piso de alquiler en la calle Santa Clara.

Un día antes fui con la llave y con una compañera de clase y me llevé una bolsa con el joyero de la Comunión, unas fotos y algo de ropa. Fue como si intuyese que al día siguiente, mi padre, sin avisar, iba a entregar las llaves a la dueña del piso. No pude volver a sacar nada más. Allí se quedaron mis 500 pesetas, mi *model-flor* de la señorita Pepis, mis colorines, la otra parte de las fotos, el resto de la ropa, mis apuntes y relatos, las cosas del colegio, mis recortables, mis cuentos, libros (sólo me queda uno de entonces), las muñecas y peluches, los recortes de revistas y casi toda mi infancia. Cuando llegué a la calle Santa Clara, con once años, apenas tenía más pasado que mi memoria, como si las radionovelas del “Monje de la muerte” y “Más allá de las estrellas”, sólo hubiesen formado parte de la pesadilla que me recordaba aquel osito de goma de cuyo interior me había surgido una araña negra en la cocina o el pobre perrito de peluche al que mi padre dio vino en el bar “Rosa” asegurando que lo bebería. O como cuando me encontré junto a Rosa Irene, acariciando una rata muerta en la Alameda porque “*se había muerto, la pobrecita ratita*”. Debí pensar que era la del cuento que el lobo se comía y no paré de llorar,

mientras esperaba a que a mi madre le sirviesen los filetes en la carnicería, donde hoy está el Departamento de Rentas.

Mi casa fue un zoológico guardado en mi monedero en forma de duro y en mi hucha de plástico verde y rosa con su nido de pollitos en la parte superior.

Más que los juguetes, echo de menos mis colecciones de cromos y mis dibujos. (Que repetí hace un par de años, inspirándome en aquellos originales).

Hoy, cuando escucho a Guridi con sus “Diez melodías vascas” o “El Caserío”, me veo a mí misma en la cocina, con aquel pelo más abajo de la cintura, quitando la cera de envase del yogur con el mango de una cucharilla. De repente, llaman al timbre y tras aquella mirilla cuadrada y con rejilla, me encuentro con un vecino. Era Sabino, Luis o Jesusa o Antton, o Carlitos, el del primero, o la señora Martina... ¿Qué habrá sido de quienes quedaron allá? Hoy las cosas han cambiado, con ascensor, portero automático y con un buen tejado, desaparecido el colegio, las huertas, la caseta, el aserradero y la oficina de escaleras mohosas con piedrecilla donde se pagaba la renta. Inexistente la villa con su magnolia y el taller de Olaskoaga con aquellas dos viejecitas tan extrañas.

Existe todo en la memoria, que me invita a dar un paseo por el pasado y el tiempo a través de un portal que incluso ha cambiado de nombre.

